

Por las lindes de la novela

Algunas salidas para la narrativa clásica



PORNOGRAFÍA
De Manuel Arranz.
Editorial Periferica. 48 págs.



EL FIEL RUSLÁN
Gueorgui Vladimov.
Libros del Asteroide. 232 págs.



LA HABITACIÓN OSCURA
Isaac Rosa. Seix Barral. 256 págs.

UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN HERRERO



Se puede escribir un libro que se denomina novela en el que las oraciones: «Odiaba los diminutivos», «No su- daba nunca» y «Tenía unos pies aristocráticos» constituyan tres párrafos separados consecutivos? Tal circunstancia se da en 'Pornografía' (Periferica), primera incursión teóricamente novelesca—más bien bazar con surtido de citas, sentencias, escolios, reminiscencias infantiles, enumeraciones caóticas, resúmenes de relatos, frases enigmáticas, listas de compras, fruslerías varias... una receta para hacer magdalenas poco proustianas, incluso— de Manuel Arranz.

El argumento hecho pedacitos del libro gira en torno al protagonista—que lee los 'Diarrios' de Ionesco y en su mocedad se sintió atraído por los

manicomios—, a su amor por una mujer pasional y posesiva. Por lo que declara en el propio texto «quisiera poder escribir una historia sencilla, un idilio, un relato de un centenario de páginas». Pero no. Todo queda en un conato atomizado con la mitad de páginas. Los restos son muy sugerentes, no en vano, para hilarlos, se encomienda a Colette, Valéry, Salter, Magris, Balzac, Wittgenstein, Bloy, Tsvetáieva, Hirsch, P.Roth, J.Renoir, Saint-Beuve, Yeats y, particularmente, Pascal Quignard, el gran maestro de lo fragmentario.

La novela del traductor y crítico literario M. Arranz no sería concebible sin la voladura a la que fue sometido el modo tradicional de narrar hace aproximadamente un siglo, con Joyce, Proust o Kafka

como dinamiteros más renombrados. La experimentación con los elementos narrativos se cebó particularmente en el punto de vista, de manera que no extraña desde entonces que el relato una difuminada steady-cam o como si la realidad sólo pudiera mostrarse, a la manera de un documental, Fernández Molina se titule 'Un cancal en la cocina'. En 'El fiel Ruslán' (Libros del Asteroide) se cede todo el protagonismo al perro del título, pues si bien la historia se desarrolla en tercera persona, se produce una inmersión absoluta en la mente del animal y de sus compinches, despiadados vigilantes en un establecimiento del Gulag.

El autor, Gueorgui Vladimov, nos muestra un curso acelerado de psicología canina, de su conciencia. Todo lo vemos

a través de los ojos del infortunado Ruslán, a punto de ser sacrificado por su amo guardián del campo y luego abandonado. De sus ojos y de su olfato, como si llevara durante todo el relato una difuminada steady-cam o como si la realidad sólo pudiera mostrarse, a la manera de un documental, Fernández Molina se titule 'Un cancal en la cocina'. En 'El fiel Ruslán' (Libros del Asteroide) se cede todo el protagonismo al perro del título, pues si bien la historia se desarrolla en tercera persona, se produce una inmersión absoluta en la mente del animal y de sus compinches, despiadados vigilantes en un establecimiento del Gulag.

El autor, Gueorgui Vladimov, nos muestra un curso acelerado de psicología canina, de su conciencia. Todo lo vemos a través de los ojos del infortunado Ruslán, a punto de ser sacrificado por su amo guardián del campo y luego abandonado. De sus ojos y de su olfato, como si llevara durante todo el relato una difuminada steady-cam o como si la realidad sólo pudiera mostrarse, a la manera de un documental, Fernández Molina se titule 'Un cancal en la cocina'. En 'El fiel Ruslán' (Libros del Asteroide) se cede todo el protagonismo al perro del título, pues si bien la historia se desarrolla en tercera persona, se produce una inmersión absoluta en la mente del animal y de sus compinches, despiadados vigilantes en un establecimiento del Gulag.

la dureza de la vida no disminuye, sino que aumenta «más allá del alambre de espinos, de la zona, del centro penitenciario con barracones en medio del infierno, metalletas en las torres de control, gozosas carceras de fugitivos. Y no tiene más remedio que ceder a su destino, marcado desde su nombre de perro de caza, y transformarse en depredador. También los presos se sienten de repente desprotegidos sin el violento rigor de la prisión, no son siquiera capaces, por miedo al mundo, de volver a sus hogares. De ahí que Vladimov optara, seguramente para driblar a la censura, por la visión de un perro guardián y que la novela, que pese a su crudeza sin paliativos y a sus frecuentes estallidos de crueldad mantiene un espléndido tono lírico, sólo viera la luz en

Alemania, en 1975. Veamos esta observación de tintes poéticos: «Sabía que los amos llamaban a eso nieve, pero Ruslán no estaba de acuerdo: para él era simplemente blancura». Quizá lleve razón y la limitación perruna no sea sino un subrayado muy pertinente sobre la naturaleza metafísica de la nieve, por más que la toquemos, se regalen los copos en la palma de la mano o crujía levemente bajo nuestros pies. En verdad, la nieve no se sabe si pertenece a la tierra o al aire, como señala con enigmática exactitud el poeta macedonio Nikola Madzirov, cuyo apellido, que deriva de la palabra árabe muhajir o muhajirum, significa paradójicamente nómada, sin casa fija, en 'Hogar', el primer poema de su reciente 'Lo que dijimos nos persigue' (Pre-textos).

Una calma tensa preside el argumento. En la estela de Jack London, de quien Periferica ha publicado la doble versión de 'Encender la hoguera'—en estas páginas ponderaba L. A. de Villena la primera, más seca, en detrimento de la segunda, que juzgo no menos contundente y más trabajada— el perro se mide al hombre, situándose por encima de él cuando un blanco cegador lo congela todo. Y aun así, sus dueños lo tratan con un desprecio rayano en la humillación. Nada comparado, sin embargo, con el demoleedor retorto de hijo de perra que la desenfadada y mundana, lenguaraz y epigramática, perversa y frívola antisistema Dottie Parker endosa a su mascota en uno de los 'Poemas perdidos', también hace poco traducidos por Nórdica.

«La experimentación con los elementos narrativos se cebó particularmente en el punto de vista»

«Isaac Rosa, uno de los valores más en alza, recurre en 'La habitación oscura' a técnicas novedosas»

Isaac Rosa, uno de los valores más en alza de nuestra narrativa, recurre en 'La habitación oscura' a técnicas novedosas: arranque del argumento en segunda persona, casi siempre desechada desde los tiempos del éxito del subgénero epistolario, para propiciar el flash-back y la consolidación de un narrador ambiguo, a veces femenino, a veces masculino, en todo caso representante plural de su generación crujida, fracasada y descompuesta; párrafos mamoteros, cortados por el mismo patrón, sin el descanso de los diálogos ni el respiro de los puntos y aparte; construcción simbólica de un espacio que adquiere visos de protagonista y deviene cámara oscura, si no agujero negro que engulle la existencia de los personajes; acoso a la realidad mediante re-

cursos de carácter alegórico y parábólico, aspecto en el que fuera pionero, tal vez influido por los relatos hasídicos, y al tiempo maestro insuperable Kafka.

Hemos aludido a la construcción de la trama a partir de una alegoría, un tanto forzada, lo que no resta méritos al autor, capaz de salvar este riesgo indudable, lo mismo que sucedía en su anterior 'La mano invisible', que comentamos aquí en su día y con la que está claramente emparentada. Lo que allí era un espectáculo o performance de exhibición impúdica de diversas maneras de ganarse la vida para mostrar bien a las claras lo absurdo del imperativo laboral en el engranaje capitalista, un tanto en la línea del desaparecido Agustín García Calvo, ahora es el capricho de otra insta-

lación real en un trastero, la que da título al libro, que funciona como mecha o gancho argumentativo e hilo conductor, en cierto modo con el papel que desempeñaba el café en 'La colmena', aunque también como lugar de desfogue, consuelo, descanso o, en último extremo, como escondite cobarde o trampa, lugar, en fin, de desapaición; en definitiva como madriguera. En todas sus facetas derivadas igual de inquietante.

Se mantiene de la novela previa el mismo estilo basado en la enumeración minuciosa y el análisis demorado y preciso de nuestro deambular entregado a las prerrogativas del sistema, aun transitando por sus grietas. La misma consideración de los personajes como una especie de marionetas movidas por un guionista entre sarcástico e irónico. Idéntica tendencia a acudir a la imagen impactante, desatrollada con portentosa imaginación. Tal vez adquiera más presencia lo cinematográfico debido a la recurrencia sistemática a la moviola e incluso, rizando el rizo, por su reivindicación del voyeurismo a ciegas. Y, sobre todo, entre otros, la recuperación de episodios como fotogramas sueltos o secuencias o la presentación de capítulos cortos intercalados como fruto de grabaciones ilegales con webcam.

Sorteando el peligro del maniqueísmo, el contenido se centra en la débil generacional. «Entonces éramos otros», se repite casi más como un mantra que como un leit-motif, o «nosotros, los de entonces», en claro homenaje al célebre poema veinte de Neruda, o «todos estábamos vivos» parafraseando acaso a Olvido García Valdés. Quince años dura el juego de la historia, hasta que lo desmantelan, aunque el desenlace es abierto, porque el salto a las acciones de protesta y el entonanzado con el turbio mundillo de los hackers y los ataques informáticos desbordan a los personajes, que entretanto van perdiendo por el camino las ilusiones, estrellas definitivamente, desfondadas «al final de la escapada». Pero, como hemos dicho, queda el buceo en lo inquietante que no explican ni el llanto, ni el grito ni el llanto, lo que hay en la oscuridad maciza más allá de la vorágine del sexo: el jeje de esta conseguida novela.

Termino con dos de los vamos a llamar fragmentos, dos perlas entre tantas, de la novela con la que empezaba, para dejar buen sabor de boca: «Cuando una mujer se pone la prenda de un hombre es una señal inequívoca de que está enamorada de él. ¿Como se puede vivir de otra manera que no sea eddicamente? Vivir de otra manera no es admisible». Tomo nota.